



### ACTO TERCERO

---

Representase en la escena el miserable interior de la casucha de la Chorca. Es una sala pequeña y bajísima de techo. En el fondo una puerta, por la que se ve el caminito que viene del pueblo y rocas de la montaña.

Al lado (derecha) el hogar de campana, con un gran caldero de dos asas suspendido, por medio de una cadena, sobre los troncos de leña ardiendo.

A la izquierda una larga mesa. A su lado un pobre sillón de roble y cuero viejísimo. Al lado de la mesa una puerta que comunica con el cuartucho interior de la *Chorca*. En esa puerta una cortina rota de tela de saco.

Al levantarse el telón, la viejecita *Bibiana* revuelve con una gran cuchara de palo en el caldero que está en el hogar.

## ESCENA PRIMERA

(A los pocos segundos de levantarse el telón y precedidos del rumor, los gritos y las risas que hacen por el camino, pasan en pelotón por delante de la puerta, armados de hachas, los hombres que van á la tala de los bosques de *Fermin*. Al pasar por delante de la choza de la *Chorca*, algunos continúan su camino por la senda arriba y otros se introducen en la escena, conforme indica el diálogo.)

ALEJO (desde afuera, como siguiendo una discusión comenzada.)

¿A que no entras?

BRUNO

¿Que no?

UNA VOZ

Le tienes demasiado miedo al Rojo.

ALEJO

Bien lo vimos la otra tarde, con lo que le dejaste gritar—y estaba en tu casa.

BRUNO

¿Queréis ver el miedo que le tengo al Rojo? (Va á entrar.) ¿Quién entra conmigo?

(Se destacan dos ó tres, entre ellos *Alejo*.)

## ESCENA II

BRUNO

¿No vive aquí el Rojo, buena mujer?

BIBIANA

Aquí está hace unos días, ¿qué queréis?

BRUNO

¿De modo que esta es su casa?

BIBIANA

No, esta casa es de...

BRUNO

De la *Chorca*... ya se sabe, ya... pero como dentro pocos días van á acabarse de casar... se va viviendo así... ¿no es verdad, madre?

ALEJO

Déjala... ¡pobre mujer!

BIBIANA (paciente.)

¿Y qué querías de mi hijo?

BRUNO

Pues... ¡ah, sí! ¿No está él en casa?

BIBIANA

Hace dos días que no le vemos;

va por estos pueblos en busca de trabajo.

BRUNO

¿En busca de trabajo?... Pues caemos bien. Dígale cuando le vea que hoy empieza la tala en los bosques de Fermín y habrá faena para días. Dígale que faltan hombres y que el jornal es bueno.— Que allí le esperamos y que se le dará trabajo en cuanto llegue.

BIBIANA (con sincera alegría.)

¿Habláis de veras?

BRUNO

Como al cura.

BIBIANA

¡Ay, bendito sea Dios que os ha traído! ¿No os sentáis? ¿No beberéis un vaso para que os empuje un poco en estas cuestas?

BRUNO

¡Cá! Si vamos ahí mismo: á la primera linde. (Señalando.)

BIBIANA

No importa: un vaso os va á dar ánimos; tomad sillas.

(Desaparece por la puerta que comunica con el interior; los hombres se acomodan

junto á la mesa; únicamente el Bruno se sienta.)

### ESCENA III

ALEJO (á Bruno.)

Has hecho mal.

BRUNO

¿Por qué? ¿No ves que lo agradecen? ¿no ves que nos regalan?

ALEJO

Has hecho mal, Bruno. Si Zoilo viene á la tala, como ha prometido, hoy habrá sangre. ¿Qué ganas de ponerle frente á frente con el Rojo?

BRUNO

¿No decís que el Rojo me da miedo?

ALEJO

No lo has hecho por eso.

BRUNO

Además, el Zoilo no vendrá; hace días que no se le ve por ningún sitio.

ALEJO

Cuando al Zoilo se le mete algo

en la mollera no quiere ver á nadie, para que nadie se lo quite de ella.

BRUNO

El caso es que por ahora no ha venido.

ALEJO

Pero...

#### ESCENA IV

(Entra *Bibiana* con una botella y vasos.)

BIBIANA

Tomad, bebed, y Dios os dé un buen día y un buen jornal.—Y ya le diré á Pedro lo que me habéis dicho para él, y el cielo que os lo pague...

ALEJO

Oiga, madre: si ven pasar por un casual al Zoilo por aquí, no le diga nada al Rojo, porque ya sería inútil. Decimos que el Zoilo no ha venido.

BRUNO (con una mirada furibunda.)

Aunque el Zoilo pase, díganse lo, vieja; yo tengo faena en otro sitio

y no llevo intención de trabajar más que unas horas: de modo que una plaza la habrá siempre.

(Se van.)

BIBIANA

¡Ay, bendito sea Dios! ¡Quizás sea este el comienzo de su suerte!

(Los hombres se han perdido por la senda arriba.—La vieja vuelve á su perol en el hogar.)

#### ESCENA V

BIBIANA

Ya habrá acabado ésa de limpiarles el establo. Déjame ver si en dos brazadas acabo de apañarles la pitanza á los tocinos.

(Revuelve. Aparece en la escena *Rebeca*, que viene con una cesta, rebosante de hojas verdes, bajo el brazo.)

REBECA

Buenas tardes, madre Bibiana.

BIBIANA (sin volver la cara.)

Buenas tardes, Rebeca, ángel de Dios; ya sé que eres tú, porque fuera de ti nadie sube á vernos.

REBECA

(Sonríe tristemente; luego se llega á la

mesa y deja en ella una cesta con frutas y verdura.)

¿Y qué hay de la boda, madre?  
El pueblo da en hablar, con el retraso.

BIBIANA (con excitación ingenua.)

¡Ah!—¡Que diga el pueblo lo que se le antoje! ¡Ya me tienen hasta aquí! Lo que yo deseo es la felicidad de mi hijo.

REBECA

Pero su hijo, madre Bibiana, ha prometido...

BIBIANA

Ha prometido... ha prometido, tú sabes por qué.—¿Había de abandonarla aquella tarde?—Si él la deja, aquellas fieras la destrozan con la furia que llevaban, ó la pierden sin remedio, que es peor. Yo comprendo aquel paso de mi hijo; los de luego, no. Entre unos y otros habríamos cuidado de la Chorca: ella se hace querer, y no le habrían faltado auxilios... ¡otra cosa diría si Pedro tuviese culpa! —Pero no la tiene; estoy segura; le conozco, soy su madre y no me engaño...

REBECA

No, no se engaña usted.

BIBIANA

Pero él está hecho á sufrir, el pobre mío: y dice que á la Chorca le debe mi vida, y no puede abandonarla.

REBECA

Tiene razón.

BIBIANA

Y dice que no hemos venido al mundo para hacer el gusto, sino para hacer el bien. Y que si á mí me hubieran tenido en otros tiempos la caridad que él tiene con la Chorca, que no me vería en el abandono en que me veo, ni él tampoco, hijo mío, y tiene razón... y no sé qué contestarle. (Llora.)

REBECA

Pero, madre, ¿por qué se apura usted?... Cuando él piensa todo eso y hace lo que hace, señal que es su gusto. ¡Qué tonta es usted, madre! ¿No ve que Pedro á nadie quiere si no á usted? ¿No ve que con tenerla á usted lo tiene todo?—¿Qué sacrificio le es casarse con la Chorca y ser el apoyo de la pobrecita?

BIBIANA

¡Ay! ¡Si yo estuviera convencida de eso no me quejaría! Si no le leyera el sacrificio en la mirada, ¿á qué iba yo á oponerme? Al fin y al cabo, tan buenas como la Chorca pueden encontrarse, mejores, no.—Pero...

VOZ DE DENTRO

¡Madre Bibiana! ¡Dé acá la pitanza; dé acá la pitanza, que rezungan éstos!

BIBIANA

¿La oyes?—¡Qué salada y fresca es!—¡Qué bravura tiene!—No puede oír á Pedro; no puede oír que le hable de la boda. En cuanto tocan á eso, se le va la lengua y se pone furiosa... y disparata. Pues ¿quién piensas que tiene culpa del retraso? Si tan sólo dependiera de mi hijo, ya todo estaría concluído sin remedio. Pero ella se le cuadra y dice que de nadie necesita para nada, y que se basta sola contra todos.—¡Qué bravura tiene! ¡cómo se ha crecido! ¡qué buena es, y cuánto la quiero!

REBECA

Pero, madre, ¿no comprende

usted que las cosas no pueden seguir así?

BIBIANA (desplomándose de nuevo.)

Ya lo sé.

REBECA

¿Y que cada día que pasa los enreda más?

BIBIANA

Ya lo sé... pero mientras tanto, aquí en el fondo me quedan esperanzas de ver feliz á mi hijo... y no puedo hacer más... procuro no pensar... ir viviendo, esperar un milagro.

REBECA

Para la misma Chorca es un mal eso; el pueblo murmura más que nunca.

BIBIANA

Ya lo sé, hijica; pero ¿no ves que soy madre, y las madres hasta somos malas para hacerles un poquito de bien á nuestros hijos?

## ESCENA VI

(Entra Pedro, quien, al ver á Rebeca, tiene intenciones de retroceder; pero ésta se vuelve presintiéndole.)

ROJO

Buenos días...

BIBIANA (yendo á él.)

¿Tú aquí, Pedro?—¿Qué noticias traes?

ROJO (desalentado.)

Las de siempre, madre. No hay trabajo en ningún sitio.

(Se sienta en el sillón, con manifiesta fatiga.)

BIBIANA

Han venido á decirme los que trabajan en la tala de los bosques del alcalde que les faltan brazos. Pero si estás cansao no vayas. Déjalo.

ROJO

Ya lo sé, madre; también me lo han dicho á mí, pasando.—Será pan para unos días. Ahora hacen el descanso para el almuerzo; en que vuelvan á ponerse, iré...

BIBIANA

Como tú quieras.

(Bibiana toma con las dos manos el caldero, y se va á marchar por la puerta que conduce al corral. Rojo tiene la cabeza hundida en los hombros y no la ve hasta que casi ha desaparecido.)

ROJO

¿Adónde va, madre?

BIBIANA

Con la Chorca, que me espera ya hace rato: á darles á esos con que se entretengan.

ROJO

Espere, que la ayudo.

BIBIANA (saliendo.)

No hace falta, no hace falta... ya me basto sola, cada día estoy más fuerte...

## ESCENA VII

(Rebeca se ha acercado á la mesa, donde coloca sobre una fuente las frutas que ha traído en el cesto; el Rojo saca de un rincón un largo palo de boj, que tiene las dimensiones y la forma de un hueso; se sienta otra vez en el sillón, saca de uno de sus bolsillos un cuchillo de punta aguda y se pone á esculpir con él en el boj. Hay un momento de silencio.)

ROJO (sin levantar la cabeza de lo que hace.)

En la tala he visto á Bruno; ¿no vas á hablarle, Rebeca?

REBECA (haciendo figuras con las frutas.)

Ya no le hablo; por obediencia á mi padre le admitía el cortejo; ahora mi padre se ha convencido, y hemos roto.

ROJO

Pues ¿con quién hablas ahora?

REBECA

Con nadie; no quiero casarme.

ROJO

¡Ah!

REBECA (se acerca.)

¿Qué ha sido?

ROJO

Nada, se me escapó el cuchillo y me he hecho sangre,—nada.

REBECA

(Para que él pueda empaparse la sangre con el pañuelo, le toma el huso.)

¿Qué hacías?... ¿qué has puesto aquí?

ROJO

Figuras, plantas, animalicos del Señor... cosas que se ven.

REBECA

Ápenas se ven... ¡qué chiquiti-

tes! (Acercándose al-Rojo para que vaya explicándole lo que está esculpido...)

Aquí hay una mujer, ¿verdad?, en unos prados guardando unas cabras.—¡Qué pequeñas y qué humildes son! Esta se parece á la mía—y al lado de la mujer hay un hombre, ¿verdad?

ROJO

Al lado, mirándola. Aquí más abajo hay otra mujer...

REBECA

Parece la misma...

ROJO

Cociendo panes en un horno.

REBECA

X á su lado el hombre...

ROJO

Dolido, despidiéndose...

REBECA

¿Qué hay aquí en lo alto?

ROJO

Otra mujer.

REBECA

La misma.

ROJO

¡Ves: esto son nubes, y aquí hay

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UDELV  
 "ALFONSO FAYO"  
 C. de. LUIS MONTAÑA, MEXICO

seis estrellas, que le hacen corona,  
y aquí el sol, que lo tiene á los  
pies como una alfombra...

REBECA

Abajo, abajo, aquí, ¿qué es esto  
que veo?

ROJO

Un hombre muerto. Con un  
cuchillo de dolor atravesao en el  
pecho.

REBECA

Parece el mismo de siempre.

ROJO

El mismo.

REBECA (que se había inclinado apo-  
yando el codo en el brazo del sillón,  
mientras el *Rojo* le va explicando el  
rústico grabado, se incorpora en silen-  
cio y da algunos pasos alejándose del  
*Rojo*, que queda con la cabeza hundida  
entre los hombros, abstraído. *Rebeca* con-  
serva en su mano el boj esculpido y, ha-  
ciendo un esfuerzo por manifestarse in-  
diferente, dice:)

¿Para quién hacías esto?

ROJO

Para nadie... para ti, si lo quie-  
res.

REBECA

Lo guardo por la cabrita, que

se parece á la mía... Gracias.  
(Se acerca nuevamente á la mesa, y deja  
el huso junto á la cesta que acaba de  
vaciar.)

Pedro...

ROJO

¿Qué?

REBECA

Hoy verás á mi padre, que su-  
birá dentro de poco á vigilar la  
tala y ver como comienzan los  
trabajos. ¿Le guardas rencor?

ROJO

¿De qué?

REBECA

De lo que ós hizo aquella noche.

ROJO

¿Qué culpa tenía el viejo, si hay  
quien se encargó de ponerle en  
contra mía?

REBECA

Es bien verdad, Pedro. Y mi  
padre ha cambiado de idea desde  
entonces. Desde que supo lo que  
hiciste por la Chorca le falta voz  
con que alabarte. ¡Pobre viejo!...  
y delante de él no consiente que  
digan mal de ti.

ROJO

Dios se lo pague.

REBECA (con emoción.)

Hoy te hablará. Como no me ha mandado callar, puedo decírtelo. Cuando te cases con la Chorca dice que no te apures por trabajo, que él se encarga de dároslo á los dos, y cama y mesa á tu madre.

ROJO

Si eso llegara á ser, Rebeca, viviríamos tranquilos; mi madre sería feliz, y yo bendeciría á tu padre. ¡Pobre viejo! Ya me tarda verle.—¿Y qué trabajo me confía? ¿y dónde?

REBECA

En casa.

ROJO

¿En casa de tu padre? ¿En vuestra casa misma?

REBECA

Quiere encargarnos de la huerta y de los campos... ¿No te aviene?

ROJO

En vuestra casa, no. Además: me faltan conocimientos: no lo he hecho. No, no, no puede ser.

(Se levanta: en este momento se hace bu-lla y se oyen los golpes de hacha de los leñadores: el Rojo, que ya comenzaba á estar confuso y á punto de venderse, se dirigió hacia la puerta como huyendo.)

REBECA

¿Adónde vas, Pedro? ¿Por qué te vas?

ROJO

Al trabajo. ¿No les oyes? Ya han vuelto á empezar... Díselo, díselo á tu padre, que en tu casa, no. (Sale.)

REBECA

¡Ni eso, señor; ni eso! ¡pobre de mí! ¡Los días sin verle, los meses sin verle! ¡Le pierdo del todo!

## ESCENA VIII

(La Chorca, que desde el umbral de la puerta ha presenciado el final de la escena, se acerca á Rebeca, que estará de espaldas, con las manos puestas en los ojos para llorar, y que no la siente venir; la toma por los brazos, la obliga á enseñarle la cara llena de llantos; luego la hace inclinar la cabeza en sus hombros, y acariciándola como una madre á su hijito, dice:)

LA CHORCA

¡Cordera!... Lloro, cordera, que razón tienes, con los golpes que te dan y con la sangre que te mancha las blancuras. Lloro; que quieren, viéndote amansada, añublar-te los ojos y matarte en pas-cua...

(Las dos cabezas se juntan. *Rebeca se se-para por fin; procura reponerse.*)

REBECA

¡Qué tonta soy! No sé por qué lloraba.

LA CHORCA

¡Bah! déjalo por mí... que tal vez te lo adivine. (Está cerca de las frutas.) ¿Me has traído frutas otra vez?—Dios te lo pague...

REBECA (yendo á recoger la cesta, ve al lado el huso, está para cogerlo, pero al fin lo deja: toma la cesta solamente.)

Hay pocas ya, pero las guardo para ti...

LA CHORCA

¿Te vas ya?

REBECA

Como querrá subir mi padre á ver los trabajos, no vamos á dejar la casa sola... Adiós.

LA CHORCA (viendo el huso que ella ha dejado, lo toma.)

Oye, cordera, que te dejas algo.

REBECA

No; no es mío.

LA CHORCA

¿Quién lo ha dicho?... Yo lo sé, que le he visto hacerlo para ti; tenlo en aprecio, que en él ha puesto el alma.

REBECA (resistiéndose.)

Pero...

LA CHORCA

Vamos, tómalo, tómalo y déjame aquí sola. Y no digas nada á tu padre de lo que te ha dicho el Rojo. A mí me toca hablarle.

REBECA

¿Y si no le ves?

LA CHORCA

Le veré cuando suba; le aguardo.

REBECA

¿Qué quieres hacer?

LA CHORCA

No tengas miedo, nadie lo oirá; aquí estoy siempre sola; ni los

chiquillos suben á verme ya. Tú sí, cordera; tú vendrás á verme siempre, y Pedro también.

REBECA (adivinando.)

¿Qué dices, la Chorca?

LA CHORCA

Lo que ha de ser sin remedio, ó yo me mato.

REBECA (saliendo.)

¡Oh! Corro á decirle á mi padre que le mentirás.

(*La Chorca la mira alejarse con una sonrisa que es á la vez de compasión, de cariño y de agradecimiento.*)

## ESCENA IX

LA CHORCA

¡Pobre!... Pues ¿qué habíais creído de la Chorca, que es de veras mala? (Se sienta junto á la mesa, toma una fruta y la muerde.) Cuando mi hijo viva... ¿qué más querré yo?... ¿para qué sacrificar á nadie?... ¿no he estado siempre sola? (Encoge los hombros. Suena á lo lejos unas voces de niños.) ¿Eh?... ¿Son los chiquillos? ¡los dejarán

subir! (Se acerca á la puerta.) Sí, ¡son ellos! no me olvidan.

VOCES DE CHIQUILLOS

¡La Chorca!... ¡ahí vamos!... ¡ala! ¡ala! ¡ala! ¡La Chorca!...

LA CHORCA (alegrándose toda)

¡Los chiquillos vienen! ¡Qué majos son! (Va de un lado para otro componiendo la casa como para una fiesta.) ¡Qué alegría me dan! (Dispone bien las frutas en la fuente.) ¡Y yo que decía!... No, no se olvidan de la Chorca. (Las voces suenan más cerca: yendo á esperarles á la puerta.) ¡Niños, criaturas, angelicos! ¡Jesús, qué locos son! brincan, gritan, cantan, ¡hijos, hijos! (Llega la banda de arrapiezos, y se quedan parados sin entrar.)

NINO 1.\*

Buenas tardes, la Chorca.

LA CHORCA

Buenas tardes, Rey. ¿Qué es eso? ¿Así se olvidan las amistades? ¡Cinco días sin venir!—Pues oye, yo vos esperaba, y esperando, esperando, dejaba sin comer á los marranillos, y se han muerto todos.

NIÑO 2.º

¿Sí?

LA CHORCA

Todos.—Y oye: el marranillo pequeño, aquel con manchas negras, se ha vuelto de azúcar; y el otro rosadico, se ha vuelto de mármol, y los grandes, de piedra. Y la berra grande, grande, la madre de todos, ha ido, y le ha dado tanta pena de verles así, que se ha muerto de veras... ¡mira si les quería!... ¿Hace?

NIÑO 1.º

¡No hace, no hace; eso no es verdad!

TODOS

¡No hace, no hace!

LA CHORCA

Bueno, pues no es verdad... pero es verdad que yo vos esperaba—y es verdad que, alzadica, alzadica y tapada con hojas de parra, que las moscas no le lleguen, guardo una tarra de miel para el que brinque más; y es verdad que la miel es rubia como el oro, y es verdad que el oro no vale tanto como vosotros, y es verdad que vosotros no

vos acordáis de mí, y es verdad que yo vos quiero mucho, mucho, mucho, como de aquí al cielo.—¿Hace?

NIÑO 1.º

Ahora sí hace.—¿Dónde está la tarra?

LA CHORCA

Alzadica, alzadica y tapada con hojas de parra que las moscas no la lleguen.

NIÑO 2.º

¿Alzadica, alzadica?

LA CHORCA

Y tapada con hojas de parra.

NIÑO 3.º

¿Dónde?

LA CHORCA

Ni en el campo, que el sol la secaría; ni en el cofre, que hormiguicas le entrarían; ni en la hoguera, que el fuego la consumiría; ni en la puerta, que á los caminantes tentaría; ni en la fuente, que el agua se la llevaría; alzadica, que la vean los ojos y llegue la mano, donde mengua el frigor

del invierno y el calor del verano; un hueco en el muro la tiene á seguro; dos perros y un corzo la guardan de día; si la noche venía, yo se les pediría, y á guardarla vendrían Dios y la Virgen María.—Allí está la tarra, tapadica con hojas de parra. Alzadica, alzadica, alzadica. ¡El que la encuentre primero, la pica! ¡Andad á buscarla!... Pero, ¿qué es eso? ¿No vos movéis?, ¿no entráis en casa? ¿Qué tenéis eso?

NIÑO 1.º

Madre no quiere.—¡Me pegaría!

NIÑO 2.º

Á mí tampoco me dejan...

LA CHORCA

¿Entrar en mi casa no vos dejan?

VARIOS

No...

LA CHORCA

¡Criaturas!... Pues marchaos, hijos míos; no por mí vos pongáis á mal con vuestros padres... Dejadme sola, como sola he estao los días estos... ¡Y yo que me alegraba al veros!...

NIÑO 1.º

¿Y la tarra?

LA CHORCA

No vos la quiero dar, hijicos, que viniendo de mis manos vos haría mal... y vos pondría la color quebrada... y dirían vuestras madres que vos he dado mal de ojo... ¡Pobre tarrica!... la romperé, rompidica, contra las rocas, roquizas; la miel que darvos quería, será pa las hormiguicas... Andad, hijos, andad; dejadme sola.

NIÑO 1.º

¡Sabemos un cuento!

NIÑO 2.º

En coplas.—Lo han sacao ahora en el pueblo.

NIÑO 1.º

Y queremos decirlo...

LA CHORCA

Vos pegarán vuestras madres si me lo decís.

NIÑO 1.º

No, que ya quieren; porque te lo digamos nos han dejao subir.

LA CHORCA (con vergüenza y dolor.)

Pues... ¿qué dice el cuento?

NIÑO 2.º

Este lo sabe.

NIÑO 1.º

¿Está aquí el Zoilo? Porque un día me lo oyó cantar y de un golpe en la espalda por poco me la hunde. ¡Qué bruto es el Zoilo!

LA CHORCA

¡Canta, criatura; canta sin miedo, que tampoco el Zoilo sube aquí!

(Se apoya con una mano en el quicio de la puerta... A medida que el chico charla sus coplas va volviendo la cara hacia adentro y como queriendo esconderse, avergonzada de los chicos... Al acabar éstos y alejarse, se ha tapado la cara con ambos brazos y solloza con impetu irresistible.)

NIÑO 1.º

(Recita la canción de memoria, con canturreo infantil, y sin dar intención á las palabras, en cuyo sentido no se fija.)

La mujer de allá arriba  
ya no es porquera...  
en su corral hay sitio  
para el que quiera.  
Diz que dicen que abunda  
la carne fresca;  
cuanti más la prodiga,

más se le aumenta,  
y cuanti más trabaja,  
más carnes hecha.

LA CHORCA

¡Hijo! ¡cállate, hijo!

NIÑO 1.º

Ya no tiene el buen aire  
que antes teneba,  
su falda por delante  
no toca á tierra.

LA CHORCA

¡Hijo!

NIÑO 1.º

Cuando pasa, las mozas  
á un lado se echan,  
y los muchachos dicen  
«¡pasa la perra...!»  
¡Aúpa! echaos á un lado  
¡pasa la perra! ¡la perra!

TODOS

¡Perra! ¡la perra, la perra!

LA CHORCA

¡Hijos! ¡Hijicos! ¡que me ma-  
táis, criaturas!

TODOS

(Con gestos de burla y retirándose poco á poco... Su gritería da noción de que se alejan.)

¡Perra! ¡la perra... la perra!...

(Poco á poco se pierden sus voces, y en el gran silencio de montaña suenan los sollozos de *La Chorca*, que está acurrucada en el suelo, junto al hogar, con los brazos caídos y la cabeza en ellos.)

LA CHORCA

¡Si la noche venía... yo se lo pediría... y á buscarme vendrían Dios y la Virgen María!

## ESCENA X

(Entra el *Zoilo*: viene con el hacha desnuda en el cinto, pasada en una correa; entra con miedo y deseo á la vez; anda con pausa, acercándose á *La Chorca*, con ganas de matarla y de besarla; cuando está cerca de ella, ésta, que solloza, levanta la cabeza; le ve, tiene una inmensa conmoción, y tomando una actitud de aniquilamiento, cruza sus brazos sobre el pecho y grita:)

LA CHORCA

¡Zoilo!... ¡mátame, Zoilo!

ZOILO

¡Contra!... mueve acá, que aun

RINCÓN DE MONTAÑA

te sangra la herida. (La ayuda á incorporarse; la junta á él y la pregunta, implacable:)

¿Quién fué?

LA CHORCA (calla.)

ZOILO

¿Quién fué?... Dilo... Ya sé que no fué el Rojo: me lo da el corazón, y el corazón no engaña.

¿Quién fué?

LA CHORCA (hunde la cabeza en los hombros.)

ZOILO

Si me lo dices, lo perdono todo. Yo así no puedo vivir, ¡contra! Si me lo dices, odiaré á uno solo, y ahora á todos. Veré cuando le nombres el asco que le tienes. Ahora hasta he dudado de ti, ¡contra! ¿Quién fué? Dímelo, dímelo.

LA CHORCA

¿Dejará de ser si te lo digo, Zoilo? ¿Qué se remedia con decirlo? ¿No comprendes que te conozco? ¿A qué signarte con el dedo adónde has de ir, para perderte? ¿Crees que no me importa de ti, Zoilo?

ZOILO

No iré á buscarle.

LA CHORCA

Irás. Yo, con poderte jura Zoilo, que no tuve culpa, estoy contenta; ya lo ves; ya me conoces; ya me has respirado de cerca el corazón... Pensé morir, y vivo aún. Tú dame por muerta, y así Dios te dé pronto la razón.

ZOILO

Pero ¿no ves que no puedo, Chorca? ¿No ves que pasan días y que no te olvido? ¿que me traen á ti los pasos y los pensamientos?

LA CHORCA

Una noche, pronto, cuando pueda, cuando no me guarde nadie... yo saldré del pueblo... no os estorbaré... no me verás más... pensarás que he muerto.

ZOILO

Dime su nombre, Chorca... y te acompaño... Nos iremos los dos, tranquilos, donde nadie nos señale, donde nos dejen en paz...

LA CHORCA

¿Lo harías?...

ZOILO

¡Lo haría!—Dime su nombre...

LA CHORCA (después de una vacilación.)

¡No, no, no!... las manos se te irán... las volverás sangrientas... te perderás por mí, ¡déjame, nunca!

ZOILO (última amenaza.)

Mira, Chorca, que ha de ser: mira, que ya el corazón me está entrando en sospechas, y si hiero sin acertar, me perderé dos veces.

LA CHORCA

¿Y si la culpa fuera mía?

ZOILO

La llevarías en los ojos... No quieras mentirme... Dime su nombre... Di...

BRUNO (cantando afuera.)

Ya no tiene la cara  
que antes teneba,  
su falda por delante  
no toca á tierra.  
Vámonos á la casa

de la porquera,  
que, en que tiene festejo,  
ya está contenta.

(*Zoilo* queda paralizado; mira fijamente á la *Chorca* y se ha llevado instintivamente la mano al hacha. La *Chorca*, fuera de sí, va á la puerta y grita.)

LA CHORCA (cuando acaba el cantar:)

¡Mientes, Bruno! ¡Tú no puedes cantarlo! ¡Tú sabes que es mentira ese cantar...!

(Se vuelve horrorizada á examinar á *Zoilo*; éste quiere pasar, ella le corta el paso.)

LA CHORCA (al volverse:)

¡Ah!

ZOILO

¡Déjame!

LA CHORCA

¡No, Zoilo!—¡No pasarás, má-tame, má-tame á mí!

ZOILO

¡Deja, te digo! ¡contra! ¿No oyes que ríen? (Forcejean: *Zoilo* la derriba, y sale gritando:); Bruno; á mí, Bruno; á mí!

(Se oyen gritos que indican el encuentro allí cerca.)

LA CHORCA (que estuvo un momento aturdida, se levanta y echa á andar torpemente diciendo:)

¡Zoilo, Zoilo!

(*Rebeca*, entrando, la detiene.)

## ESCENA XI

REBECA

¿Qué pasa? ¿Con quién es?  
¿Dónde está Pedro?

LA CHORCA

¡Ay, cordera!

REBECA

Mi padre está allí. ¿A quién ha herido el Zoilo?

LA CHORCA

¿Le ha herido?

REBECA

Mi padre lo ha visto. ¿Dónde está Pedro?

LA CHORCA

¡Pobre Zoilo! Yo le he perdido.

## ESCENA XII

(Sale Bibiana por la puerta del corral.)

BIBIANA

¡Pedro!, ¡hijo!, ¡Pedro! ¿Qué son esos gritos? ¿Dónde estás?...

(Baja Pedro, que viene hondamente afectado, y les aparta á todos.)

ROJO

¡Entrad! Apartaos.

(A la Chorca.)

Le ha tendido.

LA CHORCA

¿Al Bruno?

ROJO (hace un gesto afirmativo.)

Te ha vengado. Era su derecho.

BIBIANA

¡Santo Dios!

REBECA (con un llameo de esperanza.)

¿Fué Bruno, la Chorca?

LA CHORCA (con cierta solemnidad inconsciente.)

Fué.

## ESCENA XIII

(Entra el señor Elías llevando al Zoilo del brazo.)

ELÍAS

En ella hay manchas, en tus manos sangre: lo que hagas hará el pueblo contigo: perdonarte, si perdonas; castigarte si castigas. (Se vuelve: todos escuchan con respeto.)

Pedro, había prometido darte trabajo si casabas con la Chorca: ahora no casas, pero para vago te sobra corazón y en casa faltan brazos. (Mirando á su hija.) Sube al monte, que hacen la lechiga, y todos seréis pocos. (El Rojo mira á Rebeca, ella también: luego se va al monte. El tío Elías se vuelve á mirar á La Chorca y al Zoilo, que están clavados en el sitio.) Tú, Rebeca, y usted, madre Bibiana, evitense la mala visión; bajad á esperarnos á casa. Allí irá Pedro conmigo.

(Voces de los hombres que llevan al muerto.)

REBECA

Vamos, madre; me da miedo.

BIBIANA

¡Santo Dios!, vamos aprisa,  
hijica.

(Salen los tres con la mímica oportuna.)

### ESCENA ÚLTIMA

ZOILO (acercándose á la *Chorca*.)

Ahora... si quieres tú... saldremos... esta noche...

LA CHORCA

¿Y mi hijo, Zoilo, y mi hijo?

ZOILO

¡Tendrá padre, ¡contra! tendrá padre!

VOZ DEL SEÑOR ELÍAS (afuera:)

Despacio, por aquí; despacio, hijos.

(*Zoilo*, que oye las voces y comprende lo que va á pasar, se llega á la puerta, y casi de espaldas, la cierra: se queda

allí: suenan las voces de los que llevan al muerto, que pasan rozando la puerta: el *Zoilo* se descubre; la *Chorca* mueve los labios.)

TELÓN

FIN DE LA OBRA



DR. SAIMBRAUM

SALUD, FUERZA, BELLEZA

POR MEDIO DE LA

# Gimnasia Sueca

Un tomo de unas 180 páginas, ilustrado con numerosos grabados y entre ellos una serie de fotografías del natural, en que se reproducen los principales ejercicios y movimientos de la Gimnasia Sueca.

**1'50 pesetas**

**Sociedad General de Publicaciones**

**Diputación, 211-BARCELONA**





## TEORÍA Y PRÁCTICA

DE LA

# — GIMNASIA —

# RESPIRATORIA

Aplicada á la vida escolar  
y á la vida doméstica

— POR EL —

DOCTOR SAIMBRAUM

Un tomo semejante al anterior,  
también ilustrado, 1'50 pesetas.



DR. JUAN BARDINA

## TRATADO

— de —

# HIGIENE MODERNA

QUÉ ES NUESTRO CUERPO,  
CÓMO FUNCIONA,  
CÓMO SE CONSERVA,  
CÓMO SE CURA.

Este libro viene á llenar un verdadero vacío en la Bibliografía hispano-americana. Abundan, es verdad, las «Higienes»; pero pecan unas por insuficientes y dogmáticas; otras, por difusas y especializadas; todas, por carecer de método verdaderamente pedagógico y no dar cabida á las grandes cuestiones de la Higiene modernísima.

Nuestra *Higiene*, por lo completo de su doctrina, lo moderno de sus orientaciones, la claridad del raciocinio, la sencillez del lenguaje y la abundancia y novedad de los grabados, resulta á la vez científica y de vulgarización, siendo la única completa y moderna de que pueden echar mano tanto las familias para cumplir sus elementales deberes higiénicos, como las Escuelas, Seminarios, Normales, Institutos, etc.

La Higiene Moderna es base de la salud, de la educación, de la inteligencia, de la moral. Este libro la pone al alcance de todos, deleitando, además, por sus procedimientos y su esmerada presentación.

Un tomo de unas 300 páginas con 500 grabados, hechos expresos para la obra. . . . . Ptas. 3'50

FENELÓN

DE LA EDUCACIÓN  
DE LAS JÓVENES

De esta obra, siempre fresca y siempre joven, del ilustre Arzobispo de Cambrai, tan útil y necesaria á los padres y á los educadores, hemos hecho una esmerada traducción, adornada con el retrato del autor.

Un tomo de 120 páginas 1 pta.

Sociedad General de Publicaciones  
Diputación, 112-BARCELONA

Colección "ORO FINO"

La forman tomos como el presente, y está ya publicada la primera serie, formada por los títulos siguientes:

- Jacinto Octavio Picón:  
*El último amor.*
- Victoriano Sardou:  
*La perla negra.*
- Eduardo Zamacois:  
*Crimen sin rastro.*
- Tristán Bernard:  
*El asunto Larcier.*
- François Coppée:  
*Un idilio durante el sitio.*
- Eduardo Marquina:  
*Rincón de Montaña.*
- Benjamín Barbés:  
*La Desconsolada.*
- Fernán Caballero:  
*¡Pobre Dolores!*
- Iván Turgueneff:  
*Annuchka.*
- Alejandro Larrubiera:  
*Mimosa.*
- Gustavo Flaubert:  
*Herodías (Salomé).*
- Felipe Trigo:  
*El Clínico.*

CAPILLA ARGENTINA

BRITISH MUSEUM

Blank paper strip with a rounded top edge, likely a label or bookmark, attached to the right page.



